

Stalin ALVEAR.
*Trashumantes en busca
 de otra vida*, Libresa,
 Madrid, 2012. 1178 pp.
 ISBN: 978-84-15255-24-6.

Recibido: 08/11/2012
 Aceptado: 19/04/2013

En *El collar*, Maupassant cuenta la historia de Matilde, una joven pobre que le pide prestado un collar a su amiga rica, madame de Forestier, para poder lucirlo en una fiesta aristocrática. La fiesta es un éxito y Matilde logra encandilar con su fría elegancia; sin embargo, al volver a casa descubre que ha perdido el collar. Tras buscarlo sin éxito, decide ocultar el hecho y pedir a un usurero una gran suma de dinero para sustituir en secreto la alhaja extraviada por otra idéntica de igual valor, sin que su dueña se percate. Esto le obliga a endeudarse de por vida para devolver el préstamo y a malvivir. Pasados diez años de estrecheces, ambas mujeres coinciden de nuevo y Matilde le confiesa a madame de Forestier su secreto y sus penurias para restituir la joya. Madame de Forestier le revela que el collar que le prestó era falso y que no merecía la pena tanto esfuerzo. Basta una pequeña alteración de las circunstancias para modificar una vida entera.

Eso le ocurre a Matilde y eso le ocurre a Clara Aponte, protagonista de la última novela del narrador ecuatoriano Stalin Alvear: *Trashumantes en busca de otra vida*. Por ejemplo, ella se esfuerza con sacrificios diarios para poder enviar dinero a sus hijas en Ecuador, pero estas lo despilfarran sin sentido y con cierto desprecio. Es como un vano duelo por la desilusión que los separa, una callada venganza por haber abandonado Clara el hogar, porque la soledad devora cada ilusión en su vacío. Otro ejemplo, si Clara no hubiera conocido a un afamado escritor gracias al que sería su verdugo, nunca hubiera salido del prostíbulo. Aquel, que le condenó

a un lupanar, le proporcionó la vía de escape del mismo.

Alvear cosecha para el lector una emotiva y edulcorada historia de emigrantes, del paso de la inocencia a la experiencia, del descubrimiento de la realidad subyacente bajo las apariencias, de la patria perdida, de las ilusiones y el futuro quebrados, del exilio que destruye lo dejado. Su protagonista, Clara Aponte, bordea esa alteración de las circunstancias para modificar una vida entera, su frágil presente está a punto de modificar su incierto futuro en varias ocasiones y eso hubiese conllevado consecuencias para sus hijas.

Stéphane Mallarmé escribió que todo en el mundo existe para acabar convirtiéndose en libro. La chispa que generó esta novela fue la noticia leída por Alvear en la prensa ecuatoriana, relativa a un trágico suceso. Una madre, exiliada por cuestiones económicas en España, había enviado dinero a sus tres hijas, residentes en Ecuador, para que pudieran comprar un calefón con el que calentar agua. La puesta en marcha de ese aparato provocó un accidente, que causó la muerte a las tres jóvenes. Una de las incongruencias que nos depara la vida, por una fatalidad aquella que busca el confort para sus hijas les lleva la muerte disfrazada de modernidad. El olfato literario de Stalin no podía dejar pasar esta historia, pero tampoco podía transcribir tan cruel final. Dicha fatalidad forma parte de esa alteración de las circunstancias para modificar una vida entera.

Alvear ha mantenido un forcejeo con el lenguaje, una lucha cuerpo a cuerpo con la materia misma del texto, sus palabras, su fraseo y sus golpes acentuales, sus tensiones sintácticas y prosódicas. El resultado es esta novela reflexiva, cuyos personajes y sus matices son fruto de una paleta expresiva sugerente. Alvear, en vez de seguir el falso y fácil ritmo impuesto por la anécdota, opta por otro mucho más penetrante que profundiza la visión de lo real y, como en el hermetismo del poeta Montale, deja en suspenso el inestable universo de las cosas. Y ello, en situaciones y con objetos inscritos en la cotidianeidad.

Ningún capítulo tiene otro patrón que el de sí mismo, de ahí la ausencia de monotonía en esta obra regida por el continuo reto de la realidad.

Alvear, narrador con muchas flechas en su carcaj, escudriña el mundo de los emigrantes con un dinamismo de partitura musical, mostrando las zonas turbias y relucientes de los protagonistas, y se vale de un microscópico escarbar no para glorificar nada, sino para que nadie se avergüence de su vida sin maquillar. La suya es una escritura que se busca haciéndose y que se hace mientras se busca, porque es el testimonio de un ahondamiento en el territorio interior de unos personajes, atrapados en su realidad circundante.

Este libro tiene una permanente vocación de claridad, es un libro cordial, jovial a ratos, concebido con cariño, y es que Alvear logra capturar la atención del lector, además de recordarnos la condición polifónica de la novela, al contrario que en la épica, donde los hechos se presentan en una versión única e irrefutable. Esta condición polifónica le concede agilidad a la lectura y supone un acierto, porque le confiere vivacidad y dinamismo.

La visión narrativa de Alvear, influenciada por escritores como Rosa Montero, Balzac y Bryce Echenique, le hace describir, no exento de aliento poético, una plantación de brócoli como “un mar que crecía por la noche, reventando retoños y olas de verdor al amanecer”. Hay más destellos interesantes, como el que dice que la indolencia es “residuo de un egoísmo, que prefiere lo propio sobre lo de los demás”, o aquel que asegura que la memoria es “como ese humo que se cuele en el hocico del cañón”. Y es que el amor a las palabras resulta, en quien lo posee, una cualidad que aflora incluso en los momentos en que parece menos atento o prevenido.

En el personaje de Antoleano Galán esconde Alvear a Antonio Gala, un ángel de la guarda para la protagonista como lo es en realidad el escritor español para los jóvenes talentos, gracias a su fundación cultural. Un ángel de la guarda porque nuestra protagonista Clara Aponte, sufrida y sensual, tiene que sortear trampas y penurias para mantener intacta su

integridad. Y todo por culpa de su condición de emigrante, que la torna en ocasiones desvalida a causa de los abusos que soporta, aunque en otros momentos agraciada por las amistades que se granjea y por su constante gracejo. Clara esgrime un espíritu de abnegación, que le devuelve a esa vida de renunciación y sacrificio un rasgo de dignidad y que le proporciona fortaleza ante los infortunios. Cioran escribió que el amor es la supresión de los misterios y Clara vivirá su particular misterio con su amor murciano, el empresario Francisco Aleaga, al que conoció en la huerta de brócoli por ser el socio del dueño de la plantación donde trabajaba. Su romance acaba de manera escabrosa en un prostíbulo, presa en una habitación y abandonada a su suerte.

El personaje de Galán, instalado en la frontera entre la sabiduría y la razón, aporta sensatez y prudencia fruto de su veteranía, así como un ancho hombro donde llorar penas y reflexionar acerca de los errores del pasado; la suya es una figura paterna para el resto de personajes y él ejerce como tal, observando honestamente lo que sucede a su alrededor para extraerle el jugo narrativo y poderlo emplear en alguna de sus creaciones literarias, como es el caso del episodio del prostíbulo.

Mientras Clara logra salir airosa del desgraciado percance en España antes mencionado, su hija Charo encuentra en Ecuador el amor de manos de un joven profesor católico y poeta, de aire franciscano y llamado Luis Montesinos, que la desposa para regocijo del vecindario. Es el contraste del amor de la hija frente al desamor de la madre. Sin embargo, a pesar de haber descendido a los infiernos de la prostitución, gracias a Aleaga y su perfidia, ha podido subir a los cielos y conocer a un escritor español de primera fila y un futbolista ecuatoriano internacional, guapo y joven. Otro contraste, un descenso dantesco, pero un ascenso en sus caprichos sociales.

Montesinos es conciliador y sus parlamentos son “una terapia condimentada de humanidad” para las niñas Aponte, empleando el poderío del amor a modo de pedagogía. La sensibilidad artística de Montesinos supone un acicate creativo para Charo, quien dedica su tiempo

de asueto a la pintura. Su presencia ante el caballete constituye un calmante para su agitado espíritu y su rápida evolución con el pincel acaba por sorprender a propios y extraños. La felicidad futura queda en manos no solo del amor, sino de la cultura y de la capacidad de los integrantes de la familia para desarrollarse y así afianzar la fortaleza de la unidad familiar, porque eso es lo que ha hecho Charo, desarrollarse mediante la cultura y ese desarrollo es el espejo en el que se mirarán sus hermanas en los años venideros. Un futuro que está por escribirse.

Clara, que ha pasado quince años alejada de su tierra, sostiene que “nuestra fiesta es el miedo”, un miedo que deja atrás gracias a Jesús Peñaloza, un buen amigo reconvertido en Romeo que fue pelador de chanchos y peluquero en Zhizho, un pequeño pueblo ecuatoriano. Desde su romance con Peñaloza, la edulcorada esperanza envuelve las páginas de la novela y la crudeza anterior queda sepultada por esa mencionada esperanza que triunfa y esa dicha que copa los espíritus de los protagonistas. La llegada del futbolista Jaime Iván Kaviedes consolida dicha esperanza y la convierte en realidad; Clara consigue lo que ha deseado, gracias en gran medida al poder ciego del amor. Ese poder le condujo a sufrir calamidades y ahora a disfrutar del dulce sabor de las mieles. El famoso jugador asiste a la boda de su hija y comprueba la “humanidad agraria, inmune a la avaricia de arribistas y propietarios” reinante en Zhizho, la población natal de la familia Aponte y lugar de celebración de la boda. Un pueblito en el que la emigración produce entreverados en los bailes, pero que son asimilados con satisfacción tanto por los veteranos, que parece que han vuelto a nacer, como por las jóvenes, algunas de las cuales señalan que “lo ralo también tiene su encanto”.

En estos pasajes, el escritor abraza la tercera persona, abandona prácticamente el diálogo y se centra en narrar las conversaciones de los protagonistas desde dicho punto de vista aséptico, mostrando los interiores de ese puñado de seres que han sufrido, pero que han superado el dolor con voluntad propia y la ayuda de sus verdaderos amigos. La

complicidad entre ellos se desata hasta el punto de generar alguna que otra revelación de pecado y confesión. Como la de Kaviedes, quien entiende que “la vida es más que una jaula, más que un trauma, más que una rechifla, más que una ovación”, lo que le ayuda a olvidar “la sombra mutilada” de su pasado y “el raído recuerdo” de todo lo que perdió, tanto en el fútbol o vida pública como en su vida privada o familiar. Kaviedes, un mirlo prisionero en su propia realidad, aprende, de la mano de Galán, a superar su hermetismo, declarándose “antagonista del fútbol mercantil” y evidenciando un interés en superarse a sí mismo en ámbitos más allá de los balompédicos.

Pero tantas alegrías no vienen solas y Clara Aponte va a dar un paso trascendental, que determinará su futuro y que tendrá que descubrir el lector por sí mismo, porque los libros se acaban, pero no se agotan, y este de Stalin Alvear no se agota en su última página porque tiene el saludable aspecto de lo que deviene permanente. Stendhal decía que una novela es un espejo en el borde del camino y la obra de Alvear nos emociona con ese reflejo, nos acompaña y nos ayuda en el más difícil de los empeños, en ese extraño oficio que es el vivir. Su voz es fruto de la imaginación, la memoria, la conciencia y de una resistencia moral contra los desaires de un mundo desconocido por ignorado, aunque lo tengamos delante. Este libro nos lleva a un lugar donde solo nos esperamos a nosotros mismos.

Carlos Ferrer Hammerlindl